

## LA CRÍTICA LITERARIA FRENTE AL ESTRUCTURALISMO: ECOS LOCALES DE UN DEBATE INTERNACIONAL

Vicente Tuset Mayoral  
Facultad de Humanidades y Artes  
Universidad Nacional de Rosario - Conicet  
v.tuset@conicet.gov.ar

El estructuralismo como método nace explícitamente en 1929, al calor de las investigaciones del Círculo Lingüístico de Praga, animado por Roman Jakobson. Es en las conocidas *Tesis* de esa agrupación donde se habla por primera vez de la búsqueda de "la estructura de los sistemas lingüísticos" (V.V.A.A, *Tesis*: 17) como objetivo primordial de la lingüística. Algo anterior, aunque de ese mismo año, es una nota de Jakobson aparecida en el periódico checo *Čin*, en el que se encuentra esta contundente declaración:

Si tuvieramos que resumir la idea rectora de la ciencia actual en sus más variadas manifestaciones, difícilmente podríamos encontrar una designación más apropiada que la de estructuralismo. Cualquier conjunto de fenómenos examinado por la ciencia contemporánea es tratado no como aglomeración mecánica, sino como un todo estructural, y la tarea básica consiste en revelar su sistema interno, ya sea éste estático o en desarrollo.  
(*Selected*: 711)

Esta doble mención inicial, casi coincidente en el tiempo, nos permite trazar las dos líneas cronológicas mayores, los dos tiempos que explican el fenómeno del estructuralismo. Por un lado su enraizamiento en un pasado científico que en 1929 puede considerarse relativamente reciente. Nos referimos, claro, al *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure, y más concretamente a la orientación antiempirista que guían sus esfuerzos de definición de un objeto válido para el estudio científico de la lengua. Como es sabido, los lingüistas nucleados en el Círculo de Praga, y muy en particular Nicolái Trubetskói son herederos directos de ese enfoque, que dará rápidos y

contundentes frutos particularmente en el terreno de la fonología<sup>1</sup>. Recuérdese también que el mismo Jakobson, durante los primeros tiempos de su exilio neoyorquino, dictará una serie de cursos en la École Libre des Hauts Études, entre los que se cuentan seminarios específicos sobre Saussure, inéditos durante más de treinta años, y que sin embargo serán de enorme importancia en la difusión del paradigma estructuralista, ya que a ellos asiste nada menos que Lévi-Strauss, poco tiempo antes de embarcarse en la redacción de *Les Structures élémentaires de la parenté*. En sentido estricto, entonces, el estructuralismo es un método específico de la indagación lingüística, capaz de desarrollarse en torno a un objeto científico bien delimitado: la lengua.

Sin embargo, en el artículo antes citado de Jakobson, la mención al estructuralismo no alude específicamente a la lingüística, ni siquiera la nombra, sino que se enmarca más bien en una caracterización de lo que Jakobson llama “la ciencia actual” o “la ciencia contemporánea”, en términos que resulta cómodo, y hasta quizás fácil, remitir a la noción kuhniana de paradigma. Más allá de lo atinado de su afirmación, de la precisión de su diagnóstico sin duda temprano, nos interesa ahora no tanto comprobar su veracidad como advertir en ella el germen de un destino del estructuralismo: el de expandirse a otros campos del saber, y el de convertirse, definitivamente, en moda. Esa sería su segunda línea cronológica, su segundo tiempo, esta vez netamente proyectivo, del que hablamos hace un instante. Si como método preciso de investigación, el estructuralismo poseía un campo de aplicación concreto y unas fuentes (Saussure) a las que había que retornar para matizar y redefinir sus nociones y conceptos según avanzaban las investigaciones<sup>2</sup>; en su sentido extenso, e incluso difuso, se lo proponía como una *filosofía* y, trivializado por los efectos de la

---

1 Sobre este tema en particular, Trubetskói se expresa en los siguientes términos en las *Tesis de 1929*, dejando bien clara su perspectiva sobre el asunto: “El contenido sensorial de [los] elementos fonológicos es menos esencial que sus relaciones recíprocas en el seno del sistema (*principio estructural del sistema fonológico*)” (*Tesis*: 23).

2 En este sentido, pueden resultar reveladores los artículos contenidos en el volumen colectivo *Ferdinand de Saussure*, editado en Buenos Aires en 1971, y en particular, el trabajo de Robert Godel, “La teoría del lenguaje de Ferdinand de Saussure”, publicado originalmente en 1966, en la revista norteamericana *Current trends in Linguistics*. En el Godel reconstruye la cadena de influencias y lecturas recíprocas entre W. D. Whitney, Saussure y Bloomfield en un intento por reubicar los fundamentos de la lingüística estadounidense en la perspectiva del *Cours*. “Los lingüistas norteamericanos”, declara no sin cierto énfasis, “no deberían considerar [a Saussure] como un extraño” (*Teoría*, 40).

moda, como una perspectiva radicalmente nueva, capaz de dar cuenta no solo de los viejos fenómenos con una mirada nueva, sino más estrictamente de la realidad contemporánea, de establecer con una pertinencia que le era propia y particular las categorías que podían explicarla<sup>3</sup>. En Argentina se registra un suceso editorial que ilumina muy poderosamente esta doble condición del estructuralismo. La traducción canónica del *Cours* se debe a Amado Alonso, es de 1945 y desempeña un papel muy importante en la difusión de las ideas de Saussure por el continente. En este sentido, constituye un eslabón fundamental de la cadena de transmisión del estructuralismo en el sentido restringido en que lo hemos evocado más arriba. Pero Alonso no se limita a traducir el *Cours* sino que lo hace objeto de una operación cultural precisa al anteponerle un prólogo en el que el papel de autoridad es conferido en realidad a Karl Vossler, y más en general, a lo que siguiendo al propio Alonso podríamos denominar la lingüística del espíritu: “[...] la lingüística de Saussure llega a una sorprendente claridad y simplicidad, pero a fuerza de eliminaciones, más aún, a costa de descartar lo esencial en el lenguaje (el espíritu) como fenómeno específicamente humano” (*Prólogo*, 10).

Lo que hace Alonso, en definitiva, es tomar partido en un debate que afectaba a su campo de acción intelectual, la lingüística; se permite entonces presentar convenientemente al *Cours* como “algo más que el resumen y coronación de una escuela científica superada”, intensificación retórica en la que, a la vista de lo que sigue, palpita más bien la afirmación de lo que en la frase pareciera atenuarse. En cualquier caso, Alonso participa de la difusión y discusión de lo que hemos dado en llamar estructuralismo en sentido restringido, y aún cuando sea para refutarlo, evoca, como preveíamos, la función inaugural y fundamental de Saussure en la constitución de una “ciencia” del lenguaje más allá incluso de su adscripción a un método concreto. El texto que estableció Alonso fue reeditado periódicamente sin alteraciones significativas y funcionó, ya lo dijimos, como la

---

3 En este sentido debe entenderse el ambiguo titular que le dedicó la revista Primera Plana en 1967: “El Estructuralismo. El pensamiento de hoy”.

traducción canónica del *Cours* para todo el ámbito de habla hispana. Resulta por lo tanto muy llamativo que en 1976, José Sazbón, animador de la Editorial Nueva Visión, decidiera retraducir el texto y, prescindiendo de sus capítulos más circunstanciales, lo editara con el título de *Saussure y los fundamentos de la lingüística*. El prólogo que Sazbón antepone a esta nueva traducción puede leerse en buena medida como una réplica al de Alonso, con el propósito de matizar la refutación de las dicotomías saussureanas que éste último había ensayado. Puede resumirse diciendo que Sazbón opera una *desespiritualización* del texto de Alonso<sup>4</sup>. Pero lo fundamental no es su inserción en una polémica estrictamente lingüística, sino la apertura que realiza en ella hacia el campo más vasto y general de las ciencias humanas. Sazbón habla concretamente de un “saussurismo generalizado”, que “abarca, además de Barthes en teoría de la comunicación social, a Claude Lévi-Strauss en antropología y Jacques Lacan en psicoanálisis, para nombrar a los representantes más notorios” (*Introducción*, 30). Reenvía así la influencia del *Cours* a un ámbito mucho más amplio al tiempo que lamenta explícitamente:

Que sean los aspectos erróneos -o supuestamente erróneos- del *Curso* los que han llamado primero la atención más que sus aspectos correctos y sobre todo que no se estudiara este texto en su conjunto, como sistema de pensamiento, sino fragmentariamente, de acuerdo con las necesidades polémicas del momento (*Introducción*, 33).

Tal declaración, que bien podría leerse en relación a la actitud adoptada por Alonso en su prólogo, remite en realidad a la obra de George Mounin, quien a finales de los años sesenta se empeñará en demostrar la inexactitud con la que los practicantes del antedicho “saussurismo generalizado” empleaban algunos conceptos lingüísticos. Esta ambivalencia en las alusiones que le caben al lamento de Sazbón nos sitúan ya en el ámbito de las particularidades que atañen a la recepción del estructuralismo en la Argentina. Por un lado, su reserva frente a la actitud adoptada

---

4 Sazbón se hace eco además de lo lamentable de “que sean los aspectos erróneos -o supuestamente erróneos- del *Curso* los que han llamado primero la atención más que sus aspectos correctos y sobre todo que no se estudiara este texto en su conjunto como sistema coherente de pensamiento, sino fragmentariamente, de acuerdo con las necesidades polémicas del momento” (*Introducción*, 32). Es fácil ver en estas

por Mounin se relaciona con un escenario polémico específicamente francés, el que enfrenta a los 'saussiristas laxos' con, entre otros, los lingüistas estructuralistas en sentido estricto. La polémica va mucho más allá de las obras de Mounin, se extiende a semiólogos como Buysens o Prieto -quienes respetan la concepción saussureana de una semiología que sea ciencia general de los signos y que incluya a la lingüística- y tiene como jalón significativo el volumen colectivo editado por Roger Bastide *Sens et usage du terme structure* nacido de un coloquio que tuvo lugar en París en 1959, precisamente con motivo de la elaboración del *Dictionnaire terminologique des Sciences Sociales*. Se trata de un episodio clásico de crisis en el que la ciencia normal -por seguir un poco más con la terminología kuhniana- trata de hacer frente y poner orden a la proliferación y arborescencia que afecta a uno de sus conceptos. Desde este punto de vista, la intervención de Sazbón, guiada por propósitos de difusión, mantiene una notable imparcialidad entre los que se preocupan por la exactitud científica del empleo de términos por parte de los estructuralistas 'laxos', y los que señalan el valor estratégico que dicho empleo pueda tener en la renovación de las ciencias humanas-y esto, dese luego, quiebra la suficiencia del esquema kuhniano para englobar el tema que nos ocupa.

Pero si las quejas de Sazbón se leen, y es dado hacerlo, en referencia al trabajo de Alonso con el *Cours*, su sentido, además de circunscribirse al ámbito local argentino, se transforma. Porque entonces ya no se trata de pronunciarse en un debate científico o aún si se quiere, más precisamente, sobre las posibilidades y límites del científicismo en las ciencias humanas, sino sobre el sentido de la operación que Alonso llevó a cabo, estrictamente, en el ámbito académico argentino. Al prologar críticamente el *Cours* bajo una óptica en la que prima la estilística y su valoración de la especificidad individual, Alonso obturó las posibilidades de que el texto saussureano se convirtiera en un revulsivo capaz de extender su influencia al conjunto de esa 'ciencia contemporánea' a la que Jakobson le atribuía características específicamente estructuralistas. Un ejemplo palmario de esto es lo que ocurre en México con la difusión de la traducción y del magisterio mismo de Alonso.

Raimundo Lida, su discípulo, fundará y dirigirá a partir de 1947 el Centro de Estudios Filológicos de México. Allí, según informan Katharina Niemeyer y Klaus Meyer-Minneman en su enjundioso artículo sobre los avatares del estructuralismo en ese país, impartirá cursos sobre Saussure; encuadrándolos, sin embargo, en un programa más amplio que, según aclaran los mismos estudiosos alemanes “entronca a su vez con la estilística lingüística de Charles Bally y la escuela idealista histórica de Karl Vossler y Leo Spitzer” (Niemeyer y Meyer-Minnemann 1996: 9). Sin tiempo para crear una escuela, en sentido estricto, Lida encontrará su discípulo más destacado en Antonio Alatorre, quien liderará la misma institución que su maestro, convertida ya, eso sí, y significativamente, en Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. Todavía en la década de los ochenta, Alatorre, que puede ser considerado sin dudas uno de los responsables de la difusión de Saussure en México, se expresará en términos de inequívoca y hasta furibunda inspiración estilística: “Prefiero las sinfonías en blanco, prefiero las simples conversaciones en que se habla de lo bonito de unos versos, de lo emocionante de una novela, de lo decepcionante del desenlace de un cuento, etcétera, a los productos de cerebros robotizados en que la impresión producida por una obra literaria, su resonancia íntima, ha sido escrupulosamente raspada” (*Ensayos*, 47). Un caso muy parecido, en el que no nos vamos a detener ahora, sería el de Octavio Paz con Lévi-Strauss. Todo este contexto, entonces, permite entender la recontextualización que hace Sazbón de la obra de Saussure como el intento de corregir una falta, fruto de la apropiación de Saussure por parte de la tendencia estilística. El efecto obturador de esa apropiación habría retrasado los desarrollos del estructuralismo en ese segundo tiempo expansivo que veníamos marcándole y, particularmente, para el caso que nos ocupa, en el ámbito de la crítica literaria. Este efecto de retraso quedaría luminosamente expuesto al contrastarse los debates franceses reseñados por Sazbón y su inexistencia en suelo argentino. Todo esto casa muy bien con el argumentario que, sobre todo a partir de la década del setenta pero prolongándose mucho más allá, desarrollan distintas voces críticas, divergentes en sus enfoques pero coincidentes en el fundamento común del que parten para analizar la

penetración del estructuralismo en la argentina: el discurso de la dependencia. El primer punto de este argumentario es, efectivamente, el retraso. No porque sea el primero al que se alude, sino porque su mención -que exige, claro, una mirada retrospectiva- desnuda por entero el esquema de la recepción entendida en su caso extremo como importación neta. En este sentido, Terán comentará lacónico que la “implantación [del estructuralismo] se producirá con la casi siempre habitual y demorada asincronía” (*Sesentas*, 112), mientras que Panesi, más vibrante, afirmará que “la picazón estructural, como lo prueba *Los Libros*, por el fenómeno de asincronía entre países centrales / periféricos, ya venía con su remedio incluido” (*Críticas*, 31). Esta sentencia encierra una progresión importante del argumento del retraso, la que señala como su consecuencia una pobreza en los resultados obtenidos. Adolfo Prieto es quien mejor detalla sus alcances en un trabajo publicado en *Punto de vista*:

Una mera precisión cronológica permite comprobar que uno de los trabajos citados en este artículo, *Estructuralismo y crítica literaria*, de Gerard Genet, llamado a constituirse en el evangelio de la nueva crítica, era la traducción de un texto publicado en Francia en 1965, y que la publicación de este texto venía a preceder en apenas un año la lectura del demoledor análisis del pensamiento estructuralista ofrecida por Derrida en la Universidad John (sic) Hopkins, que muchos consideran, razonablemente, como el tornante fundador del posestructuralismo. [...] Encabalgada en esta dinámica, la crítica literaria del estructuralismo más ortodoxa no pudo reclutar los practicantes ni disponer del tiempo necesario como para poner a prueba sus propias hipótesis de trabajo, ni de organizar una actividad que ocupara con plenitud el excepcional *momentum* que le concedía la coyuntura cultural (*Estructuralismo*, 23)

Los ejemplos de pronunciamientos semejantes podrían multiplicarse, pero quizás uno de los más significativos, por el destacado papel en la difusión del estructuralismo que tuvo su autor, sea el de Nicolás Rosa, quien en una entrevista con motivo de la publicación de *Barthes por Barthes* declarará: “El estructuralismo en nuestro país ha sido una especie de fenómeno de transmisión oral, pero si se busca en la producción escrita, hay pocas trazas de su influjo” (Kamentzain, *Novela*, 42). Las palabras de Rosa, la referencia a esa cultura de oídas, recuerdan a la caracterización de cierta nueva *intelligentsia* que hacía Bourdieu y que ya Silvia Sigal utilizó para retratar a la nueva

sociedad argentina de la década de los sesenta. Una intelligentsia constituida por hombres y mujeres “dotados a menudo de una cultura casi autodidacta adquirida *ex auditu*, en el curso de una carrera escolar marginal, a través de discusiones de café y la frecuentación discontinua de reuniones y seminarios, [...] dispuestos a constituir una caja de resonancia para los temas de moda” (*Intelectuales*, 89). Penetra así en el argumentario de los discursos de la dependencia, la cuestión de la moda. Desde luego que no fue el estructuralismo el primero que debió afrontar recriminaciones semejantes. Ya Sartre tuvo que defender al existencialismo que “hoy día” -decía en 1946- “[...]se ha vuelto una moda”. También en Francia se habla insistentemente del efecto de moda que produjo el estructuralismo<sup>5</sup>, pero en la Argentina el debate se crispa por la falta de un desarrollo autóctono de la corriente y la exigua ciencia normal que trata de establecerse se enfrenta entonces ya no a un uso expandido, laxo, o hasta estratégico de sus conceptos, sino directamente ideológico. Eliseo Verón, acérrimo divulgador estructuralista, siente muy vivamente este fenómeno y en un artículo aparecido en el número 9 de la revista *Los Libros* y sintomáticamente titulado “La moda del estructuralismo”, advierte contra “el 'consumo ostentoso' de ciertos libros [que] suele ser el único modo de asociarse (vicariamente) con las orientaciones que predominan en los países centrales” (*Moda*, 16). Un poco más adelante escribe:

Por un doble motivo la invasión “estructuralista” de nuestro contexto intelectual es un fenómeno puramente ideológico. Primero, porque se suele importar los textos más “residuales” de la moda correspondiente, tal como esta se da en el país central: lo que básicamente compran los editores es el comentario de segundo o tercer orden, el discurso filosófico-especulativo, denominado “estructuralismo”.

En segundo lugar, la infraestructura de nuestro sistema cultural es tal que, aun en el caso, relativamente excepcional, en que se traducen obras que son auténticos productos de una práctica científica [...], esos textos rara vez pueden ser interpretados en el seno de un trabajo de investigación en marcha, y por lo tanto lo que finalmente resulta consumido de su significación es el peso ideológico que, como todo producto

---

5 “Le structuralisme est en effet à la mode” (*Problèmes*, 769) declara Jean Poullion en la apertura del número que le dedica *Les Temps Modernes* al fenómeno; pero también en el anteriormente mencionado *Sens et usages du terme structure*, René Bastide se ubica “à une époque, où le mot que nous voulons étudier est à la mode” (*Sens*, 10).



científico, la obra contiene. (*Moda*, 16)

Al introducir la cuestión del mercado y sus leyes, Verón localiza sin duda un nudo gordiano de la recepción del estructuralismo en la Argentina, el mismo que pondrá en crisis los discursos de la dependencia para dar cuenta cabal de ella. El juego, los deslindes, los solapamientos entre la por entonces emergente cultura de masas y la cultura popular es un hecho considerablemente autóctono del contexto latinoamericano, sin parangón exacto en el país exportador del estructuralismo. A partir de ese anudamiento surgen algunas consideraciones paradójicas interesantes, como por ejemplo que los propios discursos de la dependencia ofrezcan un sustrato particular que en buena medida anulan la idea de importación neta y puramente extranjerizante. Jorge Panesi, en su ya clásico artículo “La crítica argentina y el discurso de la independencia” analiza cabalmente las trampas silogísticas en las que se vio inmersa la revista *Los Libros* al adoptar el estructuralismo -por la vía de su apertura a la semiología y a través de la althusseriana teoría de los aparatos ideológicos del estado- para desenmascarar las producciones de un contexto cultural en el que esas mismas teorizaciones podían ser tildadas de extranjerizantes o, en los términos de Rosa, de “aceptación del discurso tecnocrático por la institución como la forma más sofisticada del humanismo universitario” (*Fulgores*, 17). Miguel Dalmaroni proporciona una nueva capa de complejidad al asunto al analizar “la plasticidad del término [populismo] en el debate político-cultural del momento” (*Palabra*, 26), ligándolo a los desarrollos de la crítica de *Literal* y *Los Libros*, y más concretamente a las trayectorias de Josefina Ludmer y Beatriz Sarlo<sup>6</sup>. Pero lo que nos interesa ahora, una vez establecidas las líneas mayores de la interpretación del fenómeno de recepción del estructuralismo en la Argentina, es ofrecer una visión complementaria que explore las razones intrínsecas a la orientación que pudieron condicionar esa realidad tan refractiva que resultó, en apariencia, el suelo argentino para su implantación. Y es que, en definitiva, existen razones para relativizar esa misma refracción en términos que los

---

6 Véase, Dalmaroni, *Palabra*, 31-38.

discursos de la dependencia no consiguen agotar. Así por ejemplo, el mismo Adolfo Prieto, en su artículo revisionista “Estructuralismo y después”, admite que, a pesar de todo, la difusión de dicha tendencia “afectó de una u otra manera el léxico y las estrategias de los otros discursos críticos, trazando una común frontera diferenciadora entre viejos y nuevos hábitos de lectura” (24). Al igual que ocurría con las constataciones de la falta de resultados del estructuralismo en el país, sería fácil multiplicar los testimonios en este otro sentido. Asoma entonces una nueva paradoja que hay que atender, la de un discurso crítico al que se le reconocen muy pocos frutos concretos y, sin embargo, una capacidad de influencia extensa y difusa, que puede incluso llegar a ejercerse sobre discursos 'otros'. Creemos que para desentrañar este entuerto conviene remitirse a las dificultades que enfrentaron repetidamente los críticos estructuralistas para definir el objeto 'literatura' desde un esquema epistemológico que encuentra en el signo su interpretante mayor o, como quiere Milner (*Periplo*, 24), su “concepto primitivo”. Pareciera que queremos resolver una paradoja formulando otra mayor, responder a una capacidad inesperada con una dificultad que debería ante todo demostrarse, pero esperamos poder demostrar que, con suficiente desarrollada, nuestra hipótesis es incluso menos atrevida de lo que podría parecer. Existen numerosos ejemplos de la dificultad a la que aludimos. Tras el deslumbramiento inicial de sus primeros resultados, la crítica estructuralista pareció encontrarse rápidamente en una suerte de callejón sin salida. Así lo probarían, por ejemplo, la influencia relativamente limitada y los escasos seguidores que tuvieron los ensayos de poética aplicada de Jakobson. Su propio giro hacia un esquema funcionalista en el que lo poético es apenas una función más entre otras cuyos efectos no son privativos del corpus consensuado de la tradición literaria puede interpretarse precisamente como un síntoma de sus dificultades ante la necesidad de establecer un 'objeto' específicamente literario. El mismo Barthes, tras la euforia estructuralista y enfrentado a un texto literario altamente convencional como *Sarrasine*, se verá en la necesidad de apelar a una pluralidad de códigos que rompen con el esquema unitario del signo. “No detener el

tope de los códigos”, proclamará en *S/Z*, propiciando, en realidad, la apertura hacia el posestructuralismo. El desarrollo del estructuralismo praguense tal como lo conduce Ian Mukaroský hacia una consideración general de la función estética como una realidad “ampliamente extendid[a] por toda la esfera del conocimiento humano” (*Función*, 110), o la definición del “texto icónico” dentro de los esquemas de la semiótica de Tartu para subsumir el análisis textual en la noción omniabarcativa de “cultura”, pueden interpretarse como episodios que tematizan le mismo tipo de resistencia.

En Argentina, obviamente, la situación se repite. Repasaremos muy brevemente la trayectoria de dos críticos significados en la expansión del estructuralismo en nuestro país para arribar finalmente a la conclusión de que es esa misma dificultad la que propiciará la influencia difusa del estructuralismo dentro de nuestras fronteras a pesar de que, como hemos visto, pueda considerarse que sus resultados concretos son escasos y de que no se reproduzca el esquema de doble cronología que hemos verificado para su desarrollo en los países centrales. Pensamos, concretamente en los casos de Oscar Masotta y Nicolás Rosa. La trayectoria de estos dos críticos tiene más puntos concomitantes de lo que suele pensarse, sobre todo hasta los inicios de la década del setenta. En 1965 un joven Rosa realiza una elogiosa reseña de *Sexo y traición en Roberto Arlt*, y los epígrafes de su primer libro ('Sexo y novela: David Viñas'; 'Sexo y cración: Sartre y Genet'; 'Sexo y mito: Mafud') pueden interpretarse como homenajes al texto de Masotta. Existe además una notable coincidencia en los objetos críticos elegidos, aunque esto podría ser entendido en términos generacionales: Arlt, Viñas, *Sur*, etc. Pero lo que nos interesa ahora no son tanto los momentos de coincidencia sino la divergencia de sus recorridos: Masotta pasando de la literatura a la cultura de masas, el *happening* y finalmente el psicoanálisis; y Rosa, en cambio, perseverando en la literatura o, mejor aún, en un objeto que teniendo en cuenta sus propios presupuestos teóricos -Blanchot, Lacan-, resulta sorprendente y hasta casi felizmente desproblematizado: la literatura

argentina<sup>7</sup>.

El progresivo desinterés de Masotta por la literatura ha sido leído -en un ejercicio contradictorio que guarda estrecha relación con los paradójicos desarrollos del discurso de la dependencia- tan pronto como una rendición a la moda del momento (Sebreli, *Masotta*, 70), como como un ejercicio de coherencia intelectual (Verón, *Producción*, 113). Interpretándolo entonces en clave interna y desechando la tentación psicologismo, puede decirse que ese desinterés coincide significativamente con el desplazamiento desde posiciones sartreanas hacia esquemas críticos de matriz estructuralista. Pero la cuestión no admite oposiciones tan palmarias. En su acercamiento a los productos de la cultura de masas como, por ejemplo, la historieta, Masotta propone en realidad una superación del estructuralismo, y lo hace -creemos que eso es lo interesante aquí- ateniéndose estrechamente a la lógica del signo. Pensamos que el giro definitivo puede localizarse en su artículo “Reflexiones presemiológicas sobre la historieta”, recogido en su volumen *Conciencia y estructura*. Como adelantamos, las “Reflexiones” siguen la institución saussureana de una ciencia general de los signos, una semilogía -de ahí la apertura de su interés hacia la historieta-, y en este sentido tan general ya apuntan a una vía de escape de lo literario por su disolución hacia lo “textual” en la evolución telqueliana del estructuralismo. Propugna, Masotta, un estructuralismo “completamente ensanchado y que recomienda el estudio de los problemas de la comunicación masiva en el interior de un campo diferencial que los engloba y que no es otro que el campo delimitado por las diferencias (¿sistemáticas?) y las semejanzas entre los medios de comunicación” (*Conciencia*, 335). En la cita, un tanto críptica, es cierto, con un notable regocijo en la paranomasia, se da testimonio, al fin, del pasaje definitivo al estudio de los medios. Pero se anuncia también un programa de investigación -el de dichos medios, por el sistema de sus semejanzas y diferencias- que es síntesis de la discusión en la que Masotta se instala frente al estructuralismo y que se sintetiza en la

---

7 “Somos lectores de lo universal, pero sólo somos escritores de lo particular” es la consigna que Rosa repite como un mantra (*Fulgores*, 12; *Artefacto*, 29; *Arte*, 13, etc.) para justificar sus ejercicios críticos sobre una base transfrecial.

siguiente fórmula:

“Para el nivel de análisis en el que se coloca la investigación estructural las letras de la escritura fonética solo son buenas para leer, pero nunca lo podrían ser para mirar.” (*Conciencia*, 314)

Esto merece una explicación. ¿Qué quiere decir Masotta? O mejor, primero, ¿dónde se sitúa Masotta? Bajo el imperio del signo saussureano, por decirlo así; de él depende toda su idea de comunicación, que rigurosamente adopta y adapta del esquema de las funciones lingüísticas de Jakobson. Pero detecta una insuficiencia en todo ese sistema: el no atender al “espesor” del signo (Masotta habla también de lo “palpable”, de la “estofa” del signo). ¿A qué se refiere con eso? Al modo definitivo en que el costado material de los signos constituye su posibilidad de significación. Atiende, en definitiva, al slogan macluhiano de que “el medio es el mensaje”. Masotta encuentra en la historieta, por vía de su esquematismo característico, de su extrema artificialidad, que la lleva a traducir mensajes verbales en escritos, desarrollo temporal en espacial, etc., un campo privilegiado para el estudio de estos fenómenos de materialidad de los signos. Es más, postula que es en la traducción de un medio a otro, que aparecen más claramente todos esos aspectos palpables del signo y que son rasgos fundamentales de su capacidad de significación. Así es como Masotta llega a su propia definición de “medio”, como un campo de restricciones materiales impuestas al despliegue de la significación, de una vez y para siempre -de ahí que no haya evolución-; un territorio de juego para el sentido, cuyas reglas todos conocemos, entendemos y respetamos sin proponérselo y cuya formulación manifiesta es justamente el cometido de ese estructuralismo ensanchado que propugna. ¿Por qué entonces, y finalmente, estructura y literatura pueden oponerse en el discurso crítico de Masotta? Porque, en realidad, Masotta, ateniéndose rigurosamente a la lógica del signo, ha abolido los objetos específicos para el discurso crítico, que debe sorprender a su verdad no en uno u otro lugar, sino en el juego mismo de los lugares; en los pasajes, que no son entonces, -y podemos aplicar esto a la trayectoria intelectual del propio Masotta-, simples frutos del capricho, del contexto

o del rigor, sino que, específicamente, pueden interpretarse como derivados de una posición crítica determinada.

Nicolás Rosa representa un contraejemplo casi diametral a todo esto. Su contacto inicial con el estructuralismo se produce a finales de los años sesenta. En el artículo dedicado a Viñas de su primer libro, *Crítica y Significación*, llega incluso a recurrir al esquema funcional de Jakobson para mostrar, desrganando una serie de oposiciones binarias, que la novelística de Viñas se encierra en las mismas lógicas de la moral burguesa que pretende rebatir: “los valores positivos de [la] escritura [de Viñas] se oponen éticamente a los valores negativos de la moral burguesa pero se corresponden estructuralmente puesto que funcionan sobre las mismas leyes: analogía, identificación, apropiación” (*Crítica*, 97). De ahí en más, su conocimiento sobre el estructuralismo no hará sino ampliarse, dando como fruto más significativo el imprescindible *Léxico de lingüística y semiología*, publicado por primera vez en 1978. Pero el centro de intereses de la crítica de Rosa no es especulativo, teórico, como en el caso de Masotta, no le interesa tensar los límites de una teoría sino mantenerse, por decirlo en los términos de un Barthes al que Rosa -su principal traductor- conocía muy bien, en “el placer del texto”, “merodear”, según sus propios términos, adoptados de Blanchot, “alrededor del 'corazón maligno de todo relato’” (*Fulgores*, 10). Como muy bien señala Susana Cella , Rosa busca establecer “una lectura 'transferencial' con el texto literario”<sup>8</sup>, que marca la preeminencia de ese objeto crítico por sobre cualquier enfoque teórico determinado. Es en este registro, creemos, que su apartamiento del credo estructuralista se vuelve significativo. El punto nodal de este movimiento se encuentra, a nuestro entender, en el mismo *Léxico de lingüística y semiología*. En él, Rosa, no solo confronta la rigidez del esquema sígnico saussureano con la noción pirceana de 'semiosis ilimitada', sino que hace estallar la misma determinación lingüística de la obra literaria al proponer una lectura del concepto de 'texto' de Barthes en los términos que siguen: “el texto (literario) sería un *resto limpio* de sus determinaciones lingüísticas . Objeto dual (semiótico y

---

8 Vid. nota 6.

lingüístico), a medias entre el sujeto y la historia, toma consistencia en la escritura, la negatividad y la contradicción” (*Léxico*, 117). De este modo, al perseverar en el 'objeto literario' como centro de su interés crítico, Rosa desnuda el límite que el estructuralismo -lingüístico- encuentra en su abordaje de la literatura. El 'corazón maligno de todo relato' reside, precisamente, en ese resto no formalizable contra el que los estructuralistas fracasa una y otra vez. La teoría del resto es una de las constantes de la crítica de Rosa, le ofrece incluso un sentido político a su tarea:

“La función de la crítica es leer lo negado por la literatura (la literatura es censura): las escrituras silenciadas, las obras excluidas de los sistemas, las voces acalladas o aquello de cada texto que ha sido ensombrecido por las lecturas oficiales [...]. Y es aquí donde reaparece la función política de la crítica” (*Fulgores*, 12)

Esta lectura, que sirve para iluminar un avatar particular de las trayectorias de Nicolás Rosa y Oscar Masotta, tiene también un sentido más amplio si se acepta la definición de literatura que implica. Si la literatura es resto, negatividad, la positividad que la determina no es otra cosa que la lengua, el objeto por excelencia del estructuralismo. El 'objeto lengua' evacuó, ciertamente, el espiritualismo humanista de los discursos críticos pero no para someterlos a una nueva positividad absoluta, inconcebible, sino sumiéndolos en un nuevo régimen de negatividad más problemático, difícil de determinar y, por ello mismo, más fecundo. Ahí radica, a nuestro entender, el verdadero sentido de cualquier posestructuralismo. Éste es el nuevo paradigma. A partir de él, acercarse críticamente a la literatura, desde cualquier perspectiva -aún histórica, sociológica, o incluso transferencial-, supone aceptar la realidad de resto que le impone la verdad del estructuralismo, que es la lengua. En cambio, perseverar en ella, en la lengua, sólo puede dar lugar, como en el caso de Masotta, a un alejamiento de la literatura, de lo que esta propone y, como lo formula Alberto Giordano en *Roland Barthes, literatura y poder*, de lo que esta puede. Este juego es el que explica, a nuestro modo de ver, esa capacidad de influencia difusa, al borde de la paradoja, que le reconocía Prieto al estructuralismo. Explica también la poetencia de su segundo tiempo cronológico,

proyectivo, expansivo. Puede incluso ayudar a comprender porqué resulta tan difícil definir al estructuralismo en términos sustanciales, positivos, sin caer en una aparente abstracción que, somos conscientes, en más de una ocasión hemos bordeado en esta misma ponencia.



## Bibliografía citada:

- Alatorre, Antonio (1993): *Ensayos críticos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Alonso, Amado (1994): “Prólogo” a Saussure, Ferdinand de: *Curso de lingüística general*, 26ª edición, Buenos Aires, Losada.
- Bastide, Roger (comp.) (1962): *Sens et usages du terme Structure*, La Haya, Mouton & Co.
- Dalmaroni, Miguel (2004): *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en Argentina. 1960-2002*, Buenos Aires, Melusina Editorial.
- Jakobson, Roman (1971). *Selected Writings*, vol. 2, La Haya, Mouton & Co.
- Masotta, Oscar (1969): *Conciencia y estructura*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010.
- Meyer-Minnemann, Klaus; Niemeyer, Katharina (1996): “Sobre la recepción del estructuralismo en México”, *Iberoamericana*, vol. 62, n. 2 pp. 5-21.
- Milner, Jean-Claude (2002): *El periplo Estructural: Figuras y paradigma*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Mukarvský, Ian (1936): *Función, norma y valor estéticos como hechos sociales*, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2010.
- Panesi, Jorge (2000): *Críticas*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Poullion, Jean (comp.) (1966): “Problèmes du structuralisme” en *Les Temps modernes*, n° 246, pp. 769-960.
- Rosa, Nicolas (1970): *Crítica y significación*, Buenos Aires, Galerna.
- --- (1978): *Léxico de lingüística y semiología*, Buenos Aires, CEAL.
- --- (1986): *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

- ---(1992): *Artefacto*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- --- (ed.) (1994): *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en Argentina*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Sazbón, José (1976): “Introducción” a *Saussure y los fundamentos de la lingüística*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Sebreli, Juan José (1984): “El joven Masotta”, en Izaguirre, Marcelo (comp.) (1999): *Oscar Masotta. El revés de la trama*, Buenos Aires, Atuel.
- Sigal, Silvia (1991): *Intelectuales y poder en la Argentina: la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Terán, Oscar (1991): *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en Argentina*, Buenos Aires, Puntosur.
- Verón, Eliseo (1970): “Actualidad de un clásico. La moda del estructuralismo” en *Los Libros*, n° 9, pp.14 y 18.
- --- (1974): “Acerca de la producción social del conocimiento: el estructuralismo y la semiología en Argentina y Chile” en *Lenguajes* n°1, pp. 96-125.
- V.V.A.A. (1970): *Las Tesis de 1929*, Madrid, Alberto Corazón Editor.